



JUNTO AL POZO, EN LA PAMPA

las corrientes fluviales que tienen sus fuentes en los Andes, perdiéndose la mayor parte en lagos y esteros, y llegando sólo unas pocas hasta el Paraná, como afluentes indirectos.

El río Grande de Jujuy es el principal en la provincia de este nombre. Nace en la meseta boliviana, atraviesa las provincias de Jujuy y Salta, y acaba por perderse en el valle de la sierra de Tumbaga, dando sus aguas al San Francisco.

El río Salado ó Juramento (llamado así porque el general Belgrano hizo jurar en sus riberas la bandera argentina á las tropas), se forma en los nevados de Acay y Cachi, provincia de Salta, y tiene un curso de 2.000 kilómetros sin salir del territorio nacional, pero variando de nombres hasta que desemboca en el Paraná.

El río San Francisco está formado por el río grande de Jujuy y el Lavallen, y va á confundirse, como ya hemos dicho, con el Bermejo en el punto denominado las Juntas.

Luego de estas corrientes de Jujuy y Salta, hay que mencionar los numerosos arroyos y ríos cortos de la provincia de Tucumán. Estos son cerca de 40 y forman el sistema hidrográfico más admirable de toda la Argentina. Muchas de estas corrientes, que caen de la montaña, forman el río Sali, el cual beneficia con sus acequias y canales las plantaciones de caña de azúcar de Tucumán, y va finalmente á desaguar en la laguna de los Porongos, situada en la provincia de Santiago del Estero.

El río más importante de esta provincia es el Salado ó Juramento, nacido en Salta, como ya dijimos, y que la cruza para penetrar en la de Santa Fe, donde tiene su desembocadura. En Santiago del Estero forma los dos grandes bañados de San Antonio y Paso Grande, y refresca extensos prados que dan sustento á mucha ganadería. Á lo largo de sus riberas abundan los bosques. Otro río es el Dulce, nacido igualmente en Salta. Al principio se llama río Chamorro, luego río Hondo, pero en la ciudad de Santiago del Estero toma el nombre de Dulce, en contraposición con el Salado. Este río es el mismo Sali de la provincia de Tucumán, y va á perderse, como ya se indicó, en la laguna de los Porongos. Sus riberas son boscosas y fecundas, y la horizontalidad del terreno favorece en épocas de lluvias y desbordamientos la formación de numerosos esteros que han dado su apellido á la provincia de Santiago.

En Catamarca no hay corrientes de agua considerables, y los arroyos y riachos son ab-

Sudeste hasta la ciudad llamada Río Cuarto, y doblando luego al Este, se junta con el río Tercero en la aldea del Saladillo.

El río Quinto surge de la sierra de San Luis, y después de recorrer en distintas direcciones un espacio de 500 kilómetros, desaparece en un bajo situado en el grado 35 de latitud.

El sistema llamado de las Cordilleras, se compone de todas

sorbidos por la irrigación. En La Rioja, el río Bermejo ó Vinchina es caudaloso en verano, durante el derretimiento de las nieves, pero muy pobre en los demás meses.

En la provincia de San Juan, el río de los Patos, ó de San Juan, tiene un curso de 500 kilómetros. Nace en la cordillera y se pierde en la laguna de Guanacache. El río Jachal, que le sigue en importancia, luego de recibir numerosos afluentes, desemboca en Zanjón. El riego consume casi todo el agua de los arroyos y riachos en esta provincia.

La de Mendoza tiene como ríos principales el Mendoza, Tunuyan, Diamante, Atuel, Malargue, El Grande y Barranca, además de numerosos arroyos. Todas estas aguas las utiliza la hermosa red de canales que da fertilidad á los campos mendocinos.

En el sistema hidrográfico de la Pampa, el río más importante es el Salado, que tiene una extensión de 300 kilómetros. Este curso insignificante, si se le compara con el de los grandes ríos del Norte y del Sur, resulta considerable en la provincia de Buenos Aires, donde la Naturaleza ha derrochado sus fuerzas en la fertilidad del suelo, mostrándose mezquina y pobre en la magnitud de ríos, lagos y montañas.

El Salado nace de las lagunas de Chañar y Cómez, cruza la provincia de Buenos Aires de Oeste á Este y se une al río de la Plata en la ensenada de San Borombón, luego de recibir nu-

merosos afluentes. Si los ríos y arroyos del sistema de la Pampa resultan de una importancia secundaria, en cambio son numerosísimos. Pueden mencionarse, á la cabeza de éstos, el Riachuelo, que pasa por el Sud de la ciudad de Buenos Aires; el Arrecifes, que desemboca en el Paraná, junto á la ciudad de Baradero; el Areco, el Luján, el Pavón, famoso por la batalla que dió término al divorcio de Buenos Aires y el resto de la Argentina; el Quepen Grande, na-

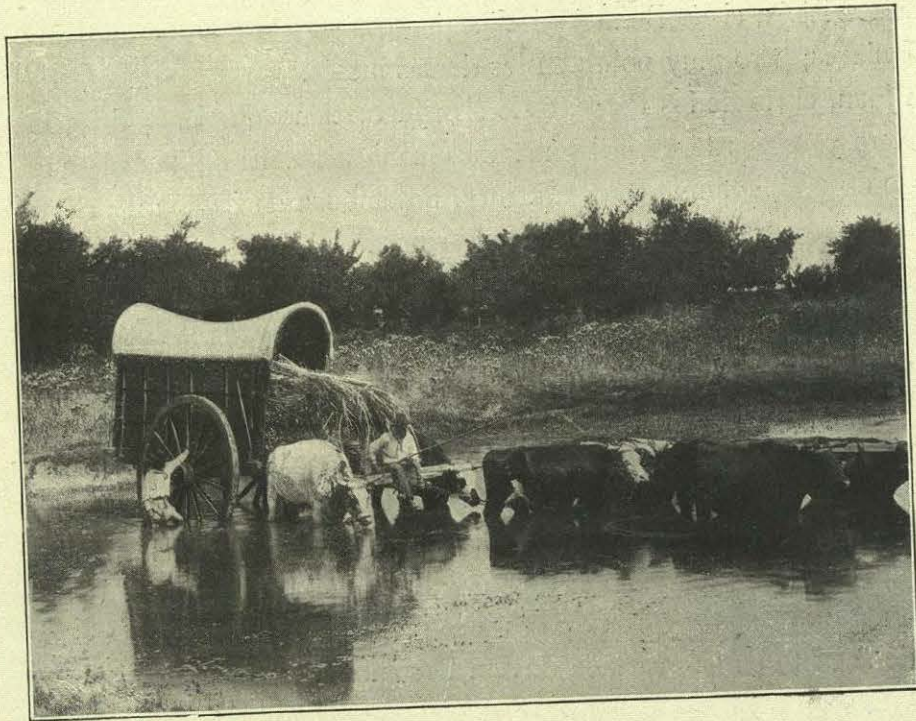


ORILLAS DEL PILCOMAYO

cido en la sierra de Tapalqué y que desemboca en el Atlántico; el Tres Arroyos, el Sauce Grande, el Sauce Chico y el Napostá, todos ellos igualmente tributarios directos del Océano.

En el sistema patagónico hay ríos de gran importancia, nacidos todos ellos en la vertiente de los Andes. Los principales son: el Colorado, el Neuquén, el Limay, el Negro, el Chubut, el Deseado, el Santa Cruz y el Gallegos.

El río Colorado nace de la unión del río Grande (300 kilómetros de curso), y el río Barrancas (100 kilómetros). El Colorado corre hacia el Sudeste con una anchura de 90 á 170 metros, sirviendo de límite primeramente entre la provincia de Mendoza y el territorio del Neuquén, y luego entre las gobernaciones de la Pampa y Río Negro. Al final penetra en el extre-



ATRAVESANDO UN AFLUENTE DEL RÍO COLORADO

El Neuquén y el Limay forman con su fusión el río Negro. El Neuquén, á su vez, está alimentado por un gran número de pequeños ríos y arroyos que descienden de la cordillera de los Andes. De estos afluentes, los principales son el Cari-Leuvú, el Pichi-Neuquén y el Agrío. El Neuquén corre describiendo una gran curva hacia el Norte, hasta que se junta con el Limay para formar el río Negro.

El Limay nace en el gran lago de Nahuel-Huapi. Sus principales afluentes son el Collón-Curá y el Pichi-Leuvú. En el paralelo 39 y el meridiano 68 se une con el Neuquén, un poco más abajo de la ciudad de este nombre. El Limay ofrece la particularidad de correr en todo su curso con una dirección Nordeste, á la inversa de casi todos los ríos del sistema patagónico.

El río Negro, alimentado por el Neuquén y el Limay, sale de la confluencia de estos dos con dirección Sudeste y va á desembocar en el Atlántico, unos 30 kilómetros más abajo de la población de Viedma, capital del territorio de Río Negro. En algunos sitios tiene este río 380 metros de ancho y es navegable en todo el curso. Existen en su cauce tres islas extensas y fértiles: la de



ORILLAS DEL PILCOMAYO

mo Sud de la provincia de Buenos Aires, y se arroja en el Atlántico por dos bocas distintas que dan á las bahías de Todos los Santos y de la Unión. En el curso del río hay varias islas, por dividirse la corriente en brazos, y estas islas son la Larga, la de Gamas, la Borda y la Uristi, además de una península que se titula de los Jabalíes. El Colorado sólo es navegable en algunas de sus secciones y por barcas chatas de escaso calado.

Choele-Choel, la de Tilhué, y la de las Ánimas, cerca de la embocadura. El río Negro, que es por su caudal é importancia el cuarto río de la República Argentina, no fué conocido y explorado hasta el siglo XVIII. El piloto español Villarino, hombre de grandes méritos, fué el primero que en 1772 remontó su curso, haciendo valiosas observaciones.

Se asemeja el río Negro al Nilo en muchas particularidades. Eminentes hidrógrafos que estudiaron primeramente el gran río de África y luego el río Negro, han dejado libros en los que se hace resaltar esta semejanza, sacando consecuencias, todas favorables á la superioridad del río argentino sobre el egipcio. El valle de Río Negro, que recuerda el del Nilo, tiene de 10 á 12 kilómetros de anchura. Este valle ofrece una fertilidad maravillosa cuando lo fecundiza la irrigación. El río Negro, aunque carece de saltos, es de rápido curso, y esto hace que la corriente sea violenta, dificultando un poco la navegación de los buques, aguas arriba. Una embarcación de pocos pies de calado y buena máquina es apta para remontar el río cómodamente, en todo tiempo, hasta la isla de Choele-Choel. De aquí puede avanzar con más cuidado, á causa de los bajos, hasta la confluencia, y seguir por el Limay llegando al sitio donde se une éste con el Collón-Curá. Las aguas del río Negro no tienen nada de oscuras; antes bien son claras y lípidas, con un ligero sabor de zarzaparrilla que las hace muy apreciadas de los naturales y que es producto de las plantas de sus riberas. El título de Negro dicese que se lo dieron los indios por las penalidades que sufrían al remontar á remo su veloz corriente.

El río Chubut serpentea al Sud del río Negro por la extensa gobernación que lleva su mismo nombre. Nace en la Cordillera, en la falda oriental del Corcovado y corre con dirección de Oeste á Este hasta desembocar en el Atlántico, siguiendo un cauce de 15 metros de ancho por 2 de profundidad. En su margen derecha recibe la afluencia del río Chico, que nace en el lago Mumsters. Este lago, á su vez, está en comunicación con el lago Colhué, al que va á morir el río Senger, de una profundidad de metro y medio, y el Senger nace en el lago Fontana, situado en el límite entre Argentina y Chile. De lo que resulta que el Senger es también un afluente del Chubut. La desembocadura del río Chubut se halla cerca del pueblo Rawson, el más importante de dicho territorio. Al confundirse con el mar, el Chubut tiene 70 metros de ancho por sólo 60 centímetros de profundidad, pero en la marea alta llega su fondo á 7 metros y los efectos de tal crecimiento se experimentan hasta 8 kilómetros aguas arriba. Esta oportunidad la aprovechan los buques de algún calado para penetrar en el río, quedándose casi en seco si no se retiran antes de que retroceda la marea.

El territorio de Santa Cruz es más opulento en ríos que el del Chubut, pues tiene el Deseado, el Chico, el Santa Cruz, el Coyle, el Belgrano y el Gallegos, nacidos todos en los Andes y con rumbo directo al Este para lanzarse en el Atlántico.

El Deseado nace en el lago Buenos Aires, ó sea en la precordillera, recorre 400 kilómetros y al llegar al Océano forma el Puerto Deseado. El Chico recibe las aguas del río Chalia y tiene sus riberas cubiertas de una rica vegetación, con magníficos pastos para el ganado y tierras de gran utilidad agrícola.

El Santa Cruz es un río caudaloso, el más importante de esta región. Su cauce tiene 300 metros de ancho y de 6 á 8 de profundidad. Esto no es de extrañar, pues lo alimentan directamente el lago Argentino, que es casi un mar, é indirectamente los lagos Misterioso, San Martín y Viedma, que se comunican con aquél. Al desembocar el Santa Cruz en el Atlántico, uniéndose con el río Belgrano, forma la magnífica bahía de Santa Cruz.

El río Coyle nace en el monte Stokes y desemboca en el Océano entre Punta Norte y Cala Coy. El río Gallegos parte del Seno de Última Esperanza, región que fué objeto de

grandes debates cuando se discutía la cuestión de límites entre Argentina y Chile. Numerosos arroyos son sus afluentes, y al llegar al mar forma el hermoso puerto Gallegos. En su parte inferior, es este río de una anchura regular, con pequeños islotes y colinas de permanente y fresca vegetación. Resulta navegable una parte del año para embarcaciones muy sólidas y de escaso calado. Su valle es fértil y mantiene mucha ganadería.

El río Belgrano nace en el cerro del mismo nombre, recibe las aguas del río Chalia, salido del lago Viedma, así como de varios afluentes que proceden del lago Misterioso y de los montes Alvarez y Chalten, y al llegar al Atlántico se junta con el río Santa Cruz, como ya se dijo.

En la Tierra del Fuego abundan las corrientes de agua, producto del deshielo, pero sólo hay una que merezca mencionarse: el río Pellegrini, llamado también Grande, que nace en la cordillera central de la isla y desemboca en el Océano, al Norte de Cabo Peñas, después de haber formado algunas islas. Tiene una anchura variable, que algunas veces llega á 100 metros, y su profundidad es de dos metros como término medio.

III

LA RAZA

Cuéntase que al visitar Buenos Aires un hombre político de los Estados Unidos, que andaba de viaje por las Repúblicas sud-americanas, la muchedumbre, entusiasta, le hizo asomarse á un balcón de la Casa de Gobierno para saludarlo con aplausos y vítores.

El yanqui paseó su mirada, primero con curiosidad, luego con asombro, por la inmensa muchedumbre aglomerada en la plaza de Mayo:

— ¡Y todos son blancos! . . .

Esto fué lo único que dijo. La frase del ilustre viajero, de no ser cierta, merece serlo. Todos los que llegan á la Argentina desde el viejo mundo, por enterados que estén de la organización, razas y costumbres de la República del Plata, experimentan una extrañeza casi igual á la del yanqui. ¡Todos blancos! . . .

En Europa sufrimos una grave enfermedad intelectual. Sabemos muchas cosas, pero entre tanto como sabemos apenas si figura la Geografía. A la general ignorancia geográfica únense las preocupaciones tradicionales que se apoderan de nosotros desde los primeros años y pesan con indestructible obsesión sobre los conocimientos adquiridos en la escuela.

Europa sabe tan poco de Geografía étnica y social, que hasta se desconoce á sí misma, y dentro del mismo continente circulan como verdades indiscutibles las más absurdas creencias sobre los puébllos que constituyen su conjunto.

Existe una Geografía *pintoresca* y caprichosa, en la que todos creemos más ó menos. Cuando nos hablan de un país, la primera visión que surge espontáneamente en nuestra mente, nos la proporciona esta Geografía extravagante, teniendo luego que acudir á la reflexión y al recuerdo de pasadas lecturas para modificar el juicio.

Según esa ciencia geográfica, indiscutida é infalible en las aulas de la calle y en las tertulias de los cafés, el español es un individuo negruzco, arrugado y seco como Don Quijote, incapaz de trabajo alguno, con la navaja en el cinto, aficionado á pasar el día lidiando toros y asistiendo á procesiones, y que no se acuesta contento si no ha dado unas cuantas vueltas

al compás de las guitarras, con gesto grave y hosco, repiqueteando unas castañuelas. El francés, según la misma versión geográfica, es un señor alegre, de faz rubicunda, enemigo de la formalidad, de una moral acomodaticia, que pasa el tiempo en la amable compañía de una botella empolvada, ó corriendo tras unas faldas; el italiano, pálido y melencólico, lleva á cuestras un arpa y se alimenta invariablemente de pastas con queso; el inglés, siempre rubio, con unos dientes agudos, amarillentos y el traje á grandes cuadros, se halla ebrio hasta el punto de no poderse tener en pie así que suenan las ocho de la noche; el alemán, obeso, de barba blonda, chupa á todas horas su pipa como si fuese un biberón, y permanece silencioso ante un vaso, grande como una torre, sudando cerveza por todos los poros. . . Y así continúa el desfile imaginativo de los pueblos del viejo continente. Claro está que cada europeo reniega de la imagen de su propia raza y grita contra el absurdo, llamando imbéciles é ignorantes á los que la inventaron; pero esto no le impide seguir creyendo á ciegas, con egoísta complacencia, en la verdad de todo lo que se refiere á los otros países.

La América del Sud tiene igualmente su encasillado en esta Geografía fantástica. En Europa se habla casi siempre de América en conjunto, sin distinguir nacionalidades. Cuando más, se hace una separación entre América del Norte y del Sud. Y la América del Sud evoca siempre las mismas visiones: bosques de bananeros, sobre los que revolotean loros, colibrís y pájaros moscas; un calor de horno; hamacas tendidas entre dos palmeras, en cuya panza de red dormitan bellas señoras, muy pálidas, envueltas apenas en diáfano batón y mecidas por una cuarterona que las abanica con un palmito de plumajes; señores vestidos de blanco, con anchos sombreros de Panamá y el machete al cinto; y negros. . . ¡muchos negros!

La América del Sud no pueden los europeos imaginársela sin el negro. Yo mismo, que antes de llegar á la Argentina había estudiado en los libros la composición étnica de esta República, sabía que los más de sus ciudadanos eran blancos, pero no por esto dejaba de participar de la general preocupación. Los blancos eran los más: de acuerdo; pero no por esto dejaría de haber negros. No encontrar negros en una nación sud-americana: ¿cómo podía ser esto? . . .

Mi asombro fué parecido al del personaje norteamericano, al ver la muchedumbre en las calles de Buenos Aires, pues casi exclamé como él: «¡Y todos son blancos!» . . .

Después de recorrer el país, puedo afirmar que Argentina carece de negros. Pero no. . . me equivoco. Sí que los tiene. En Buenos Aires he contado hasta seis ú ocho, que son hujieres del Congreso de Diputados. Los legisladores argentinos y algunos ministerios se pagan el capricho de tener á su servicio los únicos negros de la República. Estos individuos, cuya faz oscura resalta decorativamente sobre la levita galoneada de oro, y cierto negro mendigo procedente de una isla portuguesa, muy popular en la ciudad de Corrientes, son los únicos individuos de raza africana que he encontrado en la República del Plata.

En España se ven más negros que en Argentina, pues hay algunos procedentes de la última guerra antillana. En las calles de París y Londres se encuentran muchas caras de ébano barnizado que á nadie llaman la atención. En cambio, yo he visto en la Avenida de Mayo de Buenos Aires grupos de chicuelos y de mayores, con la boca abierta por la curiosidad, detrás de unos negrazos africanos que acababan de desembarcar.

La raza blanca, en su mayor pureza, domina las provincias del litoral argentino. Estas son asiento de la inmigración desde hace años, y se ven nutridas incesantemente por nuevas remesas humanas que llegan de Europa. En las provincias del interior, el tipo es menos puro: el blanco tiene mezcla de una sangre que no es la caucásica, pero no por esto, en los más de los casos, participa de la africana.

Argentina, Chile y Uruguay son los tres países de América del Sud que menos rastro